

A SALTO DE MATA · FASCÍCULO 2

Podía ser pardillo pero no Gordillo

Mi primer maestro — Capítulo segundo

"Si juegas poco, si te ponen menos y además lo haces en un puesto que no es el tuyo, es como estar frente a la portería vacía, sin portero y sin defensas; solo tú, el balón, la portería, tu gol y que una voz te ordenará que no chutes".

Esta fue la frase del Sr. Antich, hombre de barrio y mi primer maestro.

Yo fui un niño que jugaba al fútbol la mayor parte del día, algo usual en los niños de los 70 y los 80. Comía Bollicaos y bebía Cacaolat. Me pirra Charlot, aún hoy lo sigue haciendo. Fui fanático de Rafael Gordillo, el "destartalado" de Almendralejo.

Genéticamente era del Betis, "manque pierda", bético hasta la médula. El Madrid y el Barcelona me la traían floja.

Mi deseo era ser como Gordillo, héroe de la mayoría de los niños futboleros de padres emigrantes del Sur. En la paleta de mis deseos estaba también ser un Félix Rodríguez de la Fuente, hablar con lobos, ser biólogo, escritor y actor como Chaplin. Vamos, lo

que hoy en día llaman "multitasking".

Nunca sería como Gordillo, lógica aplastante, pero pardillo... para eso sí que lo fui un rato largo. Para serles sincero, hasta antes de ayer mismo no fui yo mismo.

Fui un niño al cual su padre, siempre ocupado con su trabajo como cocinero —chef de un gran hotel barcelonés— nunca fue a verle jugar un partido de fútbol. Mi padre fue un currante nato, entre otras virtudes y desvirtudes, pero fue un padre ausente, un dios castigador omnipresente, el hombre del saco, un buen hombre. Pero nunca estuvo presente cuando yo tenía que jugar al fútbol. Hoy lo entiendo, ayer no.

Así que, por descarte debido a la ausencia del patriarca en la cancha, yo jugaba de reserva. Me sentaban en el banquillo junto a Jordi y al otro Jordi, el Segarra, que recogía las pelotas, repartía el agua y se dejaba insultar. El Segarra era un compañero de clase con discapacidades cognitivas que no hicieron más que engordarse debido al trato social. "Incompleto" lo llamaban. Fue un gran amigo; yo fui su protector, como Félix con los lobos.

Pues entonces, jugador reserva, al que sacaban al campo cuando el equipo ganaba por diferencia o perdía de largo. Ahora sí, preparado lo estaba siempre con mi cara de pardillo total, con mis calzas bajadas hasta casi los dedos gordos de los pies y el pantalón

por las rodillas, como Gordillo, por si las moscas.

Bueno, vamos al grano.

El Sr. Antich, padre de Jordi, seguía religiosamente nuestros partidos cada sábado, como el que va a misa o al lavabo cada día. El Sr. Antich era campeón, no sé hoy a qué nivel, de ping-pong. Tenía la pinta de un monje Shaolin con acento catalán, menudo como una lagartija con ojos de lechuza y movimientos de brisa; un sabio de lujo que hablaba poco y al que le desagradaban las alabanzas y las euforias. Seguía los partidos callado, observando y computando estrategias. Aceptaba la suplencia de su hijo, quien no estaba hecho para ese deporte y sí para otras virtudes más intelectuales.

Y pasó que llegó el día, por cabriolas de la vida, que el Sr. Antich se tuvo que hacer cargo del equipo. Yo siempre pensaba que venía a vernos solo por apoyar a su hijo y empujarlo a lo comunitario. Jordi no era nada social, mucho menos que yo, que ni decir tiene.

Tendrían que haber visto al Sr. Antich jugar al ping-pong; era el carajo cómo jugaba, como una lagartija-mosca difícil de seguir. Lo único que se veía era como un ente o algo parecido a un efecto artificial de esos de pelis de terror moverse alrededor de la mesa.

El primer sábado, sin entrenamiento previo, que el Sr. Antich se hizo cargo del equipo, dejó a su hijo en el banquillo —algo poco patriarcal para aquellos tiempos— y me ordenó subirme las calzas y las medias, y que me preparara para saltar al campo como extremo izquierdo titular. Me quedé flipando en colores.

La segunda orden fue que no quería verme por debajo de la línea del central ni en puestos defensivos.

— Corre, dale, corre, levanta la cabeza, mira a tu alrededor, muévete, gira... —

Yo seguía sin creérmelo, me sentía como una pareja de jilgueros en su danza nupcial; una pasada. El Sr. Antich, el monje Shaolin del barrio de Sant Andreu, me enseñó una de las lecciones más importantes de mi vida:

"Sé tú. Copia y pega todo y a todos los que quieras, pero sé tú quien colorea".

Los colores los pones tú; es tu esencia, nuestra esencia. Muy cierto: copiar puede ser muy útil para salir del paso, pero la fotocopia del original y la fotocopia de la fotocopia pierde su calidad original; es papel de usar y tirar.

Ahora bien, si a esa copia la pintas, como cada cual quiera y pueda —como hacíamos muchos chicos que teníamos que

soportar nuestro retrato del día de la primera comunión en nuestros cuartos o salones, pintando bigotes, gafas granos o penes en la nariz con la correspondiente bronca— la copia toma vida propia. Es la vida que le pintamos y coloreamos.

Si quieres ser como otro, si lo emulas y repites a pies juntillas, sea una estrella de rock, un futbolista, una modelo, tu maestro o tu madre, nunca funciona.

El cordero es cordero y el león es león.

El primero vive acojonado con su corderidad, mientras que el segundo está tranquilo con su leonidad.

El Sr. Antich entrenó al equipo hasta el final de la temporada. Luego todo siguió igual. Yo de suplente, junto a los Jordis. Mi padre ausente, como los dioses y los milagros.

Ya no quería ser como Rafa Gordillo. Sí quería ser escritor, actor y biólogo. Eso sí, Gordillo y el Betis "manque pierda" seguirían siendo lo mejor del mundo, al menos el mío.

¡Ahí nos vamos viendo niños y niñas, grandes y pequeños!

No se vayan todavía, aún hay más, y si lo hacen...

Gracias.

Antón K. — antonkaegikah.com